

El San Valentín francés

RAMON CHAO

Sí como en el cuento de Alejo Carpentier, "Retorno a la semilla", el tiempo discurre al revés, si se puede vaticinar lo que ocurrirá en el pasado, no es demasiado aventurar que dentro de medio siglo el Chicago de los años veinte será algo semejante al Marsella de nuestros días, e incluso se puede presagiar una de las mayores masacres de la historia del gangsterismo: el 14 de febrero de 1929 caerán abatidos en un garaje de la 2.122 North Clarkstreet siete miembros de la banda de Morán. La operación será dirigida por el futuro rey del gangsterismo americano, Al Capone.

Este episodio provocará varios libros y tres películas, pero pese a todo, y por mucho que ocurra en Chicago, también sabemos que esta ciudad no podrá emular en ajustes de cuentas y en efusión de sangre con el Marsella de hoy, que ningún padrino americano tendrá en su haber carnicería igualable a la ocurrida el pasado día 3 en el puerto mediterráneo: eran las nueve de la noche en el bar Le Telephone. Diez personas, entre amos y clientes (unos tomaban pastis, otros jugaban a las cartas), se reparten las mesas y el mostrador, cuando se abren las puertas del bar (de esas de "saloon" americano) y entran tres enmascarados. Inician una discusión con cuatro de los jugadores de tute; al cabo descubren tres escopetas de caza con cañón recortado y una metralleta. En un minuto liquidan a sus cuatro interlocutores, y como no querían dejar ni rastros ni testigos, siguen disparando sobre los propietarios y sobre los demás clientes. Dos minutos más les bastaron para dejar a unos tendidos en el mostrador, a otros acribillados debajo de las mesas tras haberles dado sendos golpes de gracia por sí las dudas. De los diez sólo uno, Francis Fernández, queda con vida, aunque lo dejaron por muerto. En total, nueve cadáveres y un comatoso.

Consternación en Marsella, estupor en la Costa Azul, asombro en todo el país. No se puede decir, sin embargo, que haya sido

una sorpresa. Desde hace cerca de diez años se ha entablado una lucha realmente a muerte —jalonda por medio centenar de difuntos— entre varios clanes de gangsters que tratan de imponerse tras la desaparición de los grandes "caides" en la que intervienen también jóvenes bandidos que rechazan las estructuras heredadas de la tradición. En este desconcierto nadie sabe contra quién tirar; se duda sobre a qué amo ser-

vir, y a la Policía se le escapa el control —y la utilización— del gangsterismo. El propio director de Asuntos Criminales del Ministerio del Interior, que acudió desde París inmediatamente a Marsella, no pudo más que manifestar su pesimismo: "No hay que tratar de racionalizar lo irracional".

Se terminaron aquellos bellos tiempos en que existía un consenso entre la Policía y el hampa. Cada cual hacía su trabajo y todos

respetaban una especie de "código de honor". Un policía marsellés evoca esa aún no muy lejana "belle époque": "Hasta ahora el 'milleu' se comportaba un poco como la sociedad en general. Era un medio perfectamente estructurado, con sus reglas, sus jefes, sus tradiciones e incluso su patriotismo; los Guerini y los Blemant, por ejemplo, fueron resistentes contra los alemanes. Blemant, ex comisario de la Dirección de Se-



Nueve personas fueron acribilladas en el más puro estilo gangsteril en un bar de los bajos fondos de Marsella.

guridad del territorio, convertido en gangster por mayor afición, al que llamaban 'El Richelieu del hampa', se puso al servicio de su país durante la guerra de Argelia, y con su grupo de gangsters persiguió a los traficantes de armas del FLN".

Parece ser que esa ajustada armonía empezó a desacoplarse —¡qué casualidad!— a partir del mes de mayo de 1968. Muchos jóvenes gangsters iniciaron una crítica científica de la jerarquía, respondiendo a los ecos que les llegaban de la Sorbona. Pero ellos no se satisfacían con diarreas verbales ni con las manifestaciones rituales desde la plaza de la República hasta la de la Bastilla. Para ellos la praxis pasaba por el P-38. Así fueron cayendo jefes históricos después del famoso ex policía Blemant, de Antoine Guerini, etcétera.

Sin embargo otros grupos trataban de recomponer el imperio de los jefes asesinados y de ocupar su dirección. Es decir, volver al "orden" establecido, como al fin y al cabo había hecho la sociedad francesa después de la exultación de mayo.

Dos hombres aspiraban a esta herencia: uno llamado "Tony", hijo de italianos, logró reunir bajo su mando al clan de los sicilianos de Marsella y a los que tuvieron que escapar de Grenoble, expulsados por el tan famoso "gang" de los lyoneses. Formó así una banda terrible con la que se enfrentó a su rival "Francis el Belga", propietario de un restaurante y de dos "boîtes de nuit" de Marsella. La batalla fue cruenta, sembrada de cadáveres (de esto no hace más de doce meses), pero al fin Tony logró diezmar las huestes de su émulo.

La Policía se encargó de terminar con ellas y con él. "Francis el Belga" fue detenido en 1973 y condenado a tres años de cárcel, amén de la prohibición de residir después en la región de la Costa Azul, donde iba a reinar su vencedor.

Tony, convertido en el gran padrino del banditismo de la Costa Azul, realiza varios viajes misteriosos a Italia. Y aquí se plantea el gran problema actual: ¿Se trata del caballo de Troya de la mafia? Hasta ahora, el "gangsterismo" francés tenía ciertas características "gaullistas", es decir, que era nacionalista y refractario a cualquier intromisión extranjera.

Hay quien dice que tantas muertes (las del bar El Teléfono y muchas otras) han sido teledirigidas por una multinacional del gangsterismo, que después de haberse apoderado de Niza (aquí perdonen una pequeña digresión para referir lo que dijo el vulgar alcalde de Niza, Jacques Medeil, evocando la criminalidad en su ciudad: "Hay tanta seguridad o más que en los campings españoles"). Decía que después de haberse apoderado de Niza, la multinacional de la droga y de la prostitución trata de conquistar Marsella. El puerto más importante del Mediterráneo sería un punto estratégico para centralizar el tráfico entre Oriente y Occidente. Sus primeras víctimas, en el pasado mes de marzo, eran grandes jefes "nacionalistas": el patriarca sexagenario Pancracio Santoni, conocido como "el juez del hampa", que no se cansaba de aconsejar: "Trabajemos entre franceses..."; Nicolás Mariano, asesinado en la autopista del Sol por un motociclista después de una persecución infernal, pertenecía también a la misma tendencia antimafia.

Y todos sus partidarios invocan el santo nombre de Meme Guerini, el último de los grandes padrinos franceses, muerto hace meses de un cáncer en la prisión parisina de la Sante, quien, aseguran sus descendientes, jamás hubiera cedido su imperio a la mafia...

Con todo esto, los marseleses han podido vivir en paz y en tranquilidad... durante dos días: las cuarenta y ocho horas consecutivas al tiroteo de El Telephone. Quinientos policías patrullaron día y noche por el barrio de la Ópara y por todo el Norte de la ciudad. Al cabo de este tiempo ya volvieron a sonar disparos, esta vez dirigidos contra el café Cuatro de Septiembre.

A los habitantes de Marsella les aguardan días tenebrosos. Unos temen ahora la venganza del grupo al que pertenecían los muertos del bar Le Telephone. Mientras que otros emplean a entrever ya la esperanza de que, ante el despliegue y la efervescencia policíaca —nefastos para el banditismo—, los propios gangsters se percaten de que deben poner orden en sus filas, y que, como en la película de Fritz Lang, "M.", el vampiro de Dusseldorf, busquen, juzguen y ejecuten a los discolos que no obedecen a reglas establecidas. ■



Ha muerto JACQUES BREL

El cantante y autor Jacques Brel tenía una magia muy especial, un encanto de landas tristes y países grises y planos. Era de nacionalidad belga y, aunque puede ser perfectamente incluido dentro de las corrientes de canción típica francesa de los años cincuenta-sesenta, su estilo reflejaba el melancólico misterio de los países Bajos.

Menos comprometido con la realidad que Brassens y carente de la mordacidad brutal y verdaderamente poética de un Leo Ferré, poseía una notable capacidad para la sátira de las pequeñas cosas, de los detalles cotidianos, así como una gran sensibilidad para el tema amoroso. Me atrevería a citar su canción "Ne me quitte pas" —una de las más famosas de este autor, de la que Nina Simone hace una versión escalofriante— como la mejor canción de amor de los últimos años. Musicalmente, Brel no era un innovador, y tampoco estaba adscrito a ninguna corriente de música propiamente folklórica: la suya era la típica canción literaria, "standard", pero sin caer en ningún momento en el adocenamiento o la vulgaridad.

Llegó a crear escuela, no solamente en Francia —Barbara, por ejemplo, interpreta con acierto temas suyos, y otros cantantes más jóvenes se esfuerzan por copiar su estilo personal—, sino también en España, y concretamente dentro del fenómeno de la canción catalana; sin Brel, la canción de Lluís Llach, por ejemplo, o incluso del primer Serrat, sería algo muy distinto.

Hacía tiempo que Brel había desaparecido de la escena; conocedor de su grave enfermedad —cáncer—, había querido pasar los últimos años de su vida en paz. Sin embargo, su reaparición el año pasado hacía pensar en que su enfermedad había remitido. El quiso conservar hasta el último momento la dolorosa intimidad de su tragedia. ■ E. HARO IBARS.